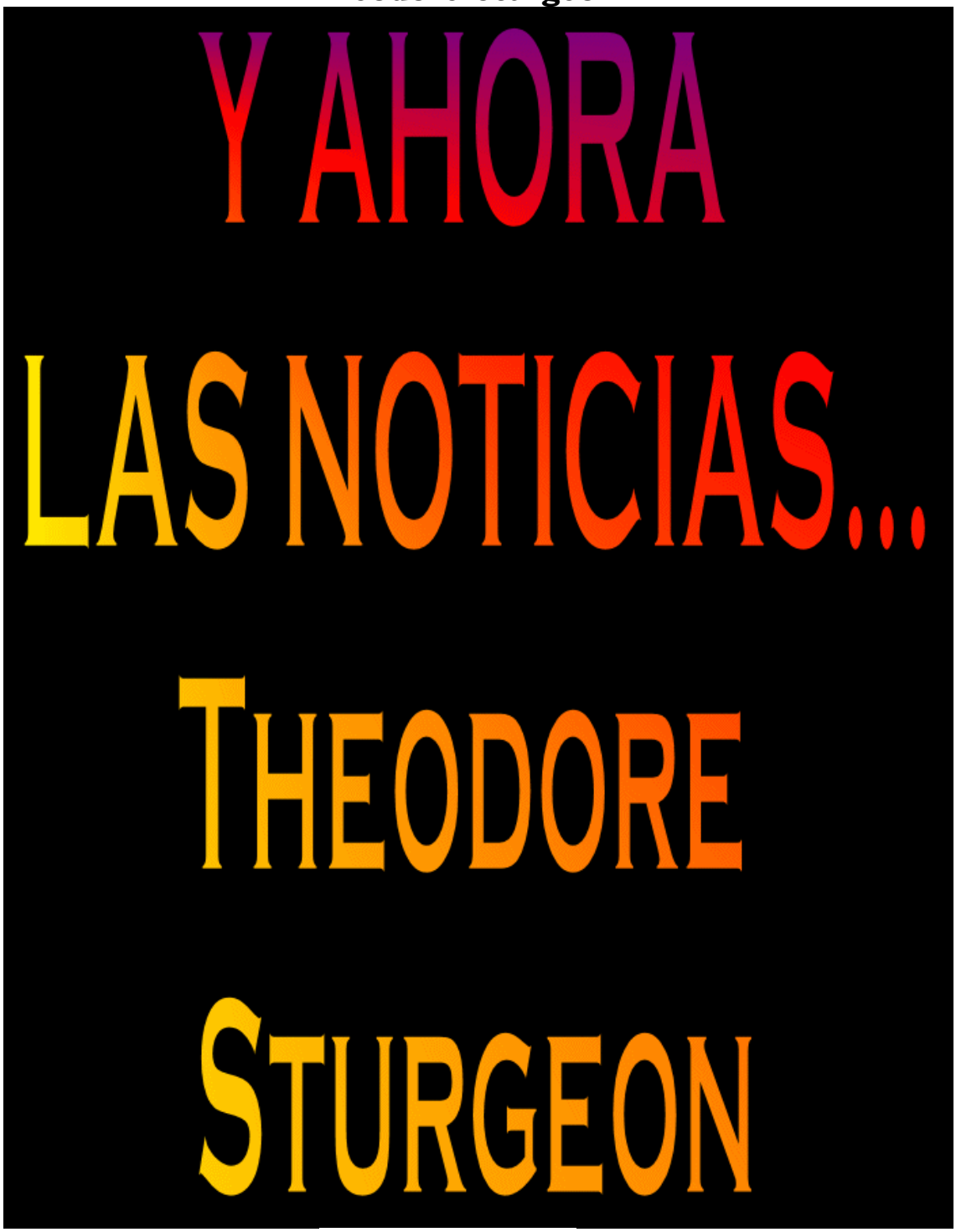
Y AHORA LAS NOTICIAS...

Theodore Sturgeon



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El sujeto se llamaba MacLyle, un nombre cuya falsedad salta a la vista, pero digamos que esto es un cuento, ¿de acuerdo? MacLyle tenía un buen empleo en —supongamos— una fábrica de jabón. Trabajó mucho e hizo dinero y se casó con una muchacha llamada Esther. Compró una casa en los suburbios y cuando terminó de pagarla la alquiló a otra gente y compró una casa un poco más lejos y un segundo auto y un refrigerador y una cortadora de césped y un libro de jardinería, y se abocó a la noble tarea de dar a sus hijos todas las cosas que a él le habían faltado.

Tenía hábitos y tenía hobbies, como todo el mundo, y los suyos (como los de todo el mundo) eran un poco diferentes de los de cualquier otro. El que más molestaba a su esposa, hasta que se acostumbró, era el hábito (o el hobby) de las noticias. MacLyle leía un matutino a las 8:14 y un vespertino a las 6:10, y el diario local que su suburbio usaba para los perros perdidos y los remates le ocupaba cuarenta minutos después de la cena. Y cuando leía un diario lo leía, no se limitaba a hojearlo. Leía primero la página 1 y después la página 2, y así hasta el final. No le interesaban mucho los libros pero les tenía una suerte de respeto místico, y decía que un diado era como un libro, y por lo tanto armaba un revuelo si una sección faltaba o estaba al revés, o si las páginas estaban mal ordenadas. También escuchaba las noticias de la radio. En la ciudad había tres emisoras que transmitían noticias a toda hora, una al dar la hora, otra al dar la media hora, y otra cinco minutos antes de la hora, y en general él podía escucharlas todas. Durante esos pantallazos de cinco minutos él miraba directamente a los ojos de su interlocutor y cualquiera habría jurado que escuchaba, pero no escuchaba. Esto sacaba de quicio a su mujer, pero sólo en los primeros cinco años. Luego desistió de intentar que la oyeran mientras la radio hablaba de inundaciones, asesinatos, escándalos y suicidios. Cinco años después volvió a hablar durante las emisiones, pero cuando dos personas han estado casadas diez años esas cosas ya no importan; de cualquier modo hablan en código, y nueve palabras de cada diez pueden pescarse en cualquier momento como en una cinta de teleimpresor. Él también veía las noticias de las 7:30 en el canal 2 de televisión y las noticias de las 7:45 en el canal 4.

De todo ello podría deducirse que MacLyle era un excéntrico de costumbres metódicas y neuróticamente pulcro, pero nada es menos cierto. MacLyle era ante todo un individuo razonable que amaba a su esposa e hijos, gustaba de su trabajo y disfrutaba bastante de la vida. Reía con facilidad, hablaba con soltura y pagaba sus deudas, justificaba su interés en las noticias de varias maneras. Solía citar a Donne:... la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque formo parte de la humanidad.., un argumento bastante sólido y difícil de rebatir. Comentaba que él siempre alcanzaba sus trenes y sus trenes lo hacían puntual, pero por culpa de ellos veía las mismas caras a la misma hora día tras día, antes, durante y después del viaje en tren, de modo que su mundo inmediato era bastante limitado, y sólo una conciencia permanente de lo que ocurría en todo el planeta le recordaba que vivía

en un lugar más amplio que un angosto universo con su casa en un extremo, su oficina en el otro, y una vía férrea en el medio.

Es difícil precisar cuándo empezó el derrumbe de MacLyle, o siquiera por qué, aunque es obvio que tuvo algo que ver con las noticias a las que se exponía. Empezó a reaccionar, muy levemente al principio; es decir, se notaba que estaba escuchando. Chistaba a los demás, y si uno intentaba terminar la frase él corría a apoyar la cabeza en el parlante del receptor. Su esposa e hijos aprendieron a callar cuando venían las noticias, cinco minutos antes de la hora hasta cinco minutos después (mientras MacLyle cambiaba de estación), y al dar la media hora, y de 7:30 a 8 por la televisión, y durante los cuarenta minutos que tardaba en leer el diario local. No resultaba tan obvio cuando leía el diario, porque se limitaba a fijar los ojos en una página como un catatónico, apretando las esquinas hasta que las hojas temblaban, tensando la mandíbula y soltando un silbido estrangulado por las fosas nasales.

Desde luego todo esto era una carga para su esposa Esther, que hizo lo posible por razonar con él. Al principio él le respondía, alegando que un hombre, en fin, tiene que mantenerse en contacto; pero muy pronto dejó de contestar, dándole ese tratamiento que es la especialidad de las zonas suburbanas, el tratamiento de cuando alguien menciona una cortadora de césped a primera hora de un domingo por la mañana. Uno no dice que sí ni que no, ni siquiera gruñe, y no mueve la cabeza. Al cabo de un rato el interlocutor se va. Pronto uno oye estas molestias impertinentes tan poco como aparenta.

Debe aclarase que MacLyle era, al margen de su peculiaridad, un personaje amigable y cordial. Le gustaba la gente y la invitaba y la visitaba, y era uno de esos adultos que pueden escuchar las aventuras interminables de un niño de primer grado e interesarse de veras. Nunca olvidaba cosas como la pinchadura de la llanta de repuesto o el anticongelante o los aniversarios, y siempre cerraba los postigos a tiempo, pero nunca alardeaba de su eficacia. Lo primero en su vida que no tomó como un hecho consabido fue esa manía por las noticias, que empezó siendo tan pequeña y creció tan rápidamente.

De modo que a las pocas semanas su esposa tomó el toro por las astas y pasó la tarde desarmando todos los receptores de la casa. Había tres radios y dos televisores, y ella no entendía un rábano, pero era lista y empleó toda su voluntad y un abrelatas de bolsillo. De cada receptor extrajo una lámpara, y una por vez, para no confundirse, las llevó a la cocina y golpeó cuidadosamente las bases contra el borde de la pileta, tratando de no quebrar el vidrio ni torcer nada, hasta que vio las entrañas de cada lámpara rodando sueltas en el interior. Luego las instaló de nuevo y puso los paneles traseros de los receptores.

MacLyle volvió a casa y guardó el auto y besó a su mujer y encendió la radio del living y fue a colgar el sombrero. Cuando regresó la radio ya tenía que estar caliente pero no lo estaba. Movió un rato las perillas, golpeó el aparato y lo hamacó de aquí para allá, gruñendo, y luego vio la hora. Empezó a ponerse un poco frenético, corrió a la cocina y encendió la pequeña radio color marfil de la repisa. La radio se calentó rápida y alegremente y soltó un zumbido de 60 ciclos, pero eso fue todo. MacLyle

perdió la paciencia e informó a gritos que los aparatos no funcionaban, ninguno de ellos, como si eso ya no fuera bastante evidente para entonces, y subió volando al cuarto de sus hijos, despertándolos explosivamente. Encendió la radio de ellos y recibió otra nota de 60 hercios, esta vez con un crujido ensordecedor cuando golpeaba la caja, cosa que hizo cuatro veces, hasta que el aparato quedó absolutamente mudo.

Esther había planeado las cosas hasta aquí, pero no más allá, pues su mente funcionaba así. Suponía que podría manejarlo, pero suponía mal. MacLyle bajó con una expresión fúnebre, y estuvo callado y demudado hasta las 7:30, hora de las noticias por televisión. El televisor del living no reaccionó, así que subió nuevamente al cuarto de los niños, los despertó justo cuando se estaban volviendo a dormir, y esta vez el más pequeño rompió a llorar. A MacLyle no le importó. Cuando descubrió que el televisor no tenía imagen casi rompió a llorar también, pero entonces oyó el sonido. Un televisor tiene muchas lámparas adentro y Esther no sabía diferenciar audio de video. MacLyle se sentó frente a la pantalla oscura y escuchó las noticias. *Todo parece estar bajo control en la convulsionada zona fronteriza de la India,* dijo el televisor. Ruidos de multitud y el fondo de la «Marcha turca» de Beethoven. Y luego... Música. Más ruidos de multitud: una algarabía y un alarido. Locutor: Ésta era la escena seis horas más tarde. Un silencio total que se prolongó tanto que MacLyle estiró el brazo y golpeó el televisor con la palma de la mano. Luego, creciendo lentamente, «In a Monastery Garden» de Ketelbey. *Pasando a un clima más alegre aquí están las seis finalistas del concurso Miss Continuum.* Fondo musical, «Blue Room», interminablemente, interrumpida una sola vez, cuando el locutor dijo a través de una risita infantil *¡... y ella lo decía en serio!* MacLyle se golpeó las sienes. El hijo más pequeño seguía llorando. Esther estaba al pie de la escalera retorciéndose las manos. Así pasaron treinta minutos. Cuando MacLyle bajó, dijo simplemente que quería el diario, refiriéndose al diario local. Así que Esther enfrentó lo desconocido y le dijo con franqueza que no lo había encargado ni volvería a hacerlo, lo cual desde luego desembocó en una vehemente y plena confesión de sus actividades de la tarde.

Sólo una mujer que ha estado casada más de catorce años puede conocer a un hombre tan bien como para manejarlo tan mal. Ella sabía que se equivocaba pero saberlo no le servía de nada porque era una persona lógica. No era lógico conservar la paciencia, de modo que la paciencia se le había agotado. Si algo te ultrajara apártalo de ti, aun cuando fuere tu ojo y tu mano derecha. Ella comprendió demasiado tarde que las noticias eran una parte tan inextricable de su esposo que al apartarlas de sí también lo apartaba a él. Y allá fue MacLyle, mientras ella escuchaba consternada el crujido de la puerta del garaje, la voz aguda de la portezuela del auto, clara como la indicación *Sale de escena* en una obra de teatro; el relincho del arranque, el quejido del motor. Ella dijo que se alegraba y entró en la cocina y bajó la inútil radio color marfil de la repisa y se fue a acostar llorando.

Sin embargo, como en la vida real hay pocos cortes limpios, lo vio una vez más. A las tres menos siete minutos de la mañana oyó una música tenue que salía de alguna parte; inexplicablemente se levantó, y recorrió la casa de puntillas para buscarla. No venía de la casa, de modo que se puso el abrigo de MacLyle y bajó por la escalera del garaje. Y allí, en el extremo de la calzada donde las vigas de acero no podían interferir la recepción de radio, estaba el auto, en el mismo sitio donde había estado todo el tiempo, y MacLyle dormitaba sobre el volante. La música venía de la radio del auto. Ella se ciñó el abrigo, se acercó, abrió la portezuela y llamó a MacLyle. En ese preciso instante la radio dijo... *y ahora las noticias*, y MacLyle se irguió en el asiento y chistó ruidosamente. Ella retrocedió y se quedó quieta un momento, en una extraña transición de la rendición incondicional a la derrota total. Luego él cerró la puerta y se inclinó hacia adelante, la mano en el control del volumen, y ella volvió a la casa.

Cuando el pantallazo de noticias terminó y él se hubo recobrado de las puñaladas de un delincuente juvenil, los sufrimientos rechinantes de un tren descarrilado, los terrores del aterrizaje forzoso de un C-119, y la fascinación de un funcionario del gabinete, socio fundador del Club No Confiamos En Nadie, diciendo literalmente que hay algo de bueno en los peores de nosotros y hay algo de malo en los mejores de nosotros, todo lo cual él sentía profundamente, arrancó el auto (haciéndolo rodar cuesta abajo por la porque la batería estaba casi agotada) y condujo con suma lentitud hacia la ciudad.

En un garaje con servicio nocturno hizo lavar y engrasar el auto mientras él esperaba. Después abrieron el bar automático y pasó tres horas bebiendo café, aprétandose las mandíbulas hasta que le dolieron las muelas, y haciendo de vez en cuando ruidos guturales casi inaudibles. A las 9:00 recobró la compostura. Pasó el día entero con su perplejo abogado, enumerando todos sus bienes, vendiendo, convirtiendo, ratificando. Al terminar disponía de una módica suma en efectivo y su esposa tendría ingresos adecuados hasta que sus hijos fueran a la universidad, momento en que la casa sería vendida, los inquilinos de la otra casa desalojados, y Esther estaría en libertad de mudarse a la propiedad más pequeña con el precio de la más grande sumado al capital básico. El ahogado habría temido por MacLyle si no lo hubiera visto tan jovial y locuaz, comportándose como un hombre feliz, una forma de locura rara pero aceptable. Les costó trabajo pero terminaron en un día, después de lo cual MacLyle estrechó la mano del abogado, le agradeció profusamente y se registró en un hotel.

Cuando despertó a la mañana siguiente se levantó de un brinco, sintiéndose años más joven abrió la puerta, tomó el diario de la mañana y miró los titulares.

No podía leerlos.

Gruñó sorprendido, cerró la puerta con suavidad y se sentó en la cama con el diario en las rodillas.

No cesaba de acariciarlo, alisándolo una y otra vez hasta que las palmas se le oscurecieron y las letras se borronearon. Los símbolos gritones marchaban por la página como un desfile de extraños con el

uniforme de una logia clandestina cuyo origen y destino desconocía, y cuyos propósitos ni siquiera sospechaba. Siguió las letras con el meñique, midió la longitud de una palabra con el índice y el pulgar y los alzó para sostenerlos ante sus ojos intrigados. De pronto se levantó y fue hasta el escritorio, donde los letreros, anuncios e impresos estaban atrapados como una colección de mariposas bajo el vidrio: el menú del desayuno, indicaciones sobre el servicio de camareros y sobre el libro de firmas. Los recordaba todos y tenía idea de qué significaban, pero no podía leerlos. En el cajón había papeles con membrete, con una foto del edificio sin otros edificios alrededor, lo cual no era cierto, y una inscripción que bien podía haber estado en caracteres cirílicos. Formularlos para telegramas, un horario de autobuses, un secante, todos exhibían lo que para él eran jeroglíficos y runas. Una guía telefónica llena de nombres extraños en símbolos extraños.

Se pidió a sí mismo recitar el alfabeto. «A», dijo claramente, y «¿Eh?» porque no le sonaba bien y no podía imaginar que le sonaría bien. Sonrió tontamente y meneó la cabeza ligera y rápidamente, pero con sonrisa o sin ella tenía miedo. Estaba contento, o aliviado, casi feliz, y aún así tenía un poco de miedo.

Llamó a la conserjería y pidió que le prepararan la cuenta, y se vistió y bajó. Dio al portero su tarjeta de estacionamiento y esperó a que te trajeron el auto. Subió, encendió la radio y arrancó rumbo al oeste.

Manejó durante varios días, en un estado de miedo perpetuo, un miedo frío y (pese a todo) feliz, de montaña rusa, un miedo de película de terror, recordando el significado de las señales de detención sin poder leer la palabra PARE, aminorando la velocidad cuando un letrero anunciaba un cruce ferroviario. Los restaurantes tienen aspecto de restaurantes, las estaciones de servicio de estaciones de servicio; si el retrato de Washington denota un dólar y el de Lincoln cinco, no es preciso leerlos. MacLyle se las arregló. Manejó hasta internarse en uno de esos estados cuadrados que tienen todas las montañas y viajó hasta que reconoció la zona donde, años antes de casarse, había pasado una temporada de caza. Eludiendo el refugio que había usado, tomó carreteras laterales hasta que al fin llegó a esa cabaña desierta donde había pasado una noche. Aún estaba en pie, un poco podrida pero sólo en los bordes. Entró y salió varías veces, memorizando detalles porque no podía hacer una lista, y luego volvió al auto y viajó hasta el pueblo más cercano, no muy cercano ni tan pueblo. En la tienda de ramos generales compró tejas, harina, clavos y pintura —toda clase de pintura, en latas pequeñas, así como tambores grandes de pintura para interiores— y alimentos enlatados y herramientas. Pidió un molino desarmable y un generador, cuarenta kilos de arcilla para modelar, dos sartenes y un cuenco, y una hamaca del ejército. Pagó en efectivo y prometió regresar en dos semanas por las cosas que no estaban en la tienda, y telegrafió (pues podía dictar el telegrama por teléfono) a su abogado para que le enviara los 80 dólares mensuales que habían convenido y que era lo único que necesitaba de sus bienes. Antes de irse se detuvo maravillado ante un monstruoso instrumento musical llamado oficleido, que se erguía, polvoriento y majestuoso, en un rincón.

(Aunque sería más fácil para el lector que fuera un cuerno francés o una tuba —que cumpliría satisfactoriamente la misma función narrativa—, aquí terminaremos con las mentiras. Se ha ocultado el verdadero nombre de MacLyle, se ha escondido su pueblo natal, y se ha escamoteado su profesión, y que me cuelguen si eso no era un obsoleto oficleido de bronce, con doce teclas, de 1824, y de cincuenta pulgadas.) El tendero explicó que su tatarabuelo lo había traído de la madre patria y nadie lo había tocado en dos generaciones excepto un trompetista ambulante que se había puesto verde pálido con las tres primeras notas y lo había soltado como si pudiera estallarle en la cara. MacLyle preguntó cómo sonaba y el hombre dijo terrible. Dos semanas más tarde MacLyle volvió para recoger el resto de sus cosas, cabeceando y sonriendo y sin decir una palabra. Aún no podía leer, y ahora no podía hablar. Más aún, había perdido la capacidad de comprender el lenguaje. Pagó por sus compras con un billete de cien dólares, y el tendero, pensando que se había vuelto sordo y mudo, lo estafó olímpicamente pero al mismo tiempo sintió tanta pena que le dio el oficleido. MacLyle cargó su auto de buen humor y se fue. Y ésa es la primera parte de la historia de cómo MacLyle se sintió mal.

Esther, la esposa de MacLyle, se encontró en una situación especial. Amigos y vecinos le hacían al pasar preguntas cuyas respuestas ignoraba, y la única persona que tenía alguna información —el ahogado de MacLyle— estaba comprometido a no decirle nada. No la habían abandonado, en el sentido pleno y legal, pues ella y sus hijos recibían medios de manutención. Echaba de menos a MacLyle, pero de un modo específico; echaba de menos al viejo y previsible MacLyle, y en realidad él la había abandonado mucho antes de esa noche desconcertante en que se había marchado. Ella quería de vuelta al viejo MacLyle, no a ese chiflado desconocido con esa sórdida y espástica preocupación por las noticias. De las muchas facetas desagradables de ese desconocido, sobresalía una: esa capacidad para largarse así y permanecer alejado tanto tiempo. Por lo tanto, él era esa persona indeseable en tanto no regresara, y si lo buscaba sólo conseguiría, si MacLyle regresaba contra su voluntad, tener de vuelta a una persona que no era la que ella echaba de menos.

Aun así estaba insatisfecha consigo misma, pues ella era la parte perjudicada y tenía heridas menos dolorosas que los remordimientos de conciencia. Siempre se había enorgullecido de ser una buena esposa, y en el pasado había hecho muchas cosas contrarias a su razón y sus deseos sólo porque eran consideradas propias de una buena esposa. De modo que con el tiempo se fue desplazando de la zona del «¿Qué haré?» a la gama de «¿Qué debe hacer una buena esposa?», y al cabo de muchas reflexiones fue a ver a un psiquiatra.

Era un psiquiatra muy sagaz, es decir que pescaba lo obvio más pronto que la mayoría de la gente. Por ejemplo, en sólo cuatro minutos de conversación advirtió que Esther no había acudido a él por su propia cuenta, y decidió escuchar toda la historia antes de decidirse a tratarla. Cuando ella hubo terminado y él te hubo sonsacado ciertos detalles

corroborativos para completar el cuadro, se sumió en un largo silencio y reflexionó. Comparó el amplio patrón del caso MacLyle con sus lecturas y su experiencia, midió dificultades, el interés clínico del caso, el valor probable del broche de diamante que usaba la mujer. Juntó las yemas de los dedos, bajó la joven y apuesta cabeza, observó a Esther entornando los ojos, y recogió el guante. Ante la perspectiva de recobrar a su esposo sano y salvo, ella le agradeció en silencio y salió del consultorio con emociones ambiguas. El muy sagaz psiquiatra inhaló profundamente e hizo arreglos con otro médico para que se encargara del resto de sus pacientes —dos— mientras él se ausentaba, pues suponía que se ausentaría por bastante tiempo.

Le fue asombrosamente fácil encontrar a MacLyle. Ni siquiera se acercó al abogado. El sólido fundamento de todos los rastreadores y oficinas de personas desaparecidas, en su *modus operandi*, es el principio de psicología aplicada que dictamina que un hombre tal vez cambie de nombre y dirección, pero que rara vez quiere —rara vez puede— cambiar sus actividades, especialmente las actividades que le divierten. El adicto al esquí no huye a Florida, aunque podría viajar a Banff y no al acostumbrado Mount Tremblant. Es improbable que un filatelista coleccione mariposas. Por lo tanto, cuando el psiquiatra encontró entre los papeles de MacLyle fotos y folletos, que databan de sus días de estudiante, de las imponentes Rocosas, de osos comiendo junto al camino, y especialmente de recuerdos traídos temporada tras temporada de una región a la que nunca había llevado a su esposa y que no había visitado desde su casamiento, creyó oportuno hacer un tanteo, que cobró la forma de una solicitud de información a la policía de ese estado sobre un hombre con tales características manejando tal automóvil con placa de otro estado, más un requerimiento de que el hombre no fuera detenido ni advertido y sólo se le notificara a él, el muy sagaz psiquiatra. También arrojó otras líneas, pero fue ésta la que enganchó al pez. En cuestión de semanas un patrullero atinó a pasar por la tienda favorita de MacLyle: después de eso fue cuestión de minutos antes que la información cayera en manos del psiquiatra, que no le dijo nada a Esther excepto adiós por un tiempo, y esta cuenta debe pagarse ahora, y luego se largó, llevándose un maletín de trucos.

Alquiló un auto en el aeropuerto más cercano al escondrijo de MacLyle y realizó un largo y sediento viaje cuesta arriba hasta llegar a la tienda de ramos generales. Allí entrevistó al propietario, y se enteró de unos mil ochocientos detalles relacionados con lo mal que andaba el negocio, las dificultades que había, cuánta lluvia no había caído y cuánta se necesitaba, la tragedia de ser culpado por los precios altos cuando cualquiera con el sentido común de un ganso debía saber cuánto costaba el flete de la mercadería, especialmente en las pequeñas cantidades que se debía pedir cuando el negocio andaba tan mal y todo lo demás; y de paso se enteró de ocho o diez detalles relacionados con MacLyle: la ubicación exacta de la cabaña, el hecho de que parecía haberse vuelto sordomudo y no podía leer, y que debía de estar loco porque sólo un loco quería ochenta y cuatro latas de pintura o, llegado el caso, vivir allí cuando no lo necesitaba.

El psiquiatra se liberó al cabo de un rato y se marchó, la región se volvía cada vez más alta, polvorienta y desolada, hasta que empezó a rezar que no le pasara nada al auto y, desde luego, diez minutos más tarde pensó que algo le había pasado. Cuando un auto hacía un ruido como el que él empezaba a oír tenía el motor sobrealimentado, y frenó en el borde del camino para preocuparse. Apagó el motor y el ruido continuó, y entonces advirtió que el ruido no venía del auto ni de un lugar cercano, sino de lo alto de la colina. Aún le quedaba un tramo de dos kilómetros, y los recorrió con un asombro creciente, porque ese sonido se volvía cada vez más intenso y más insoportable. Era como música, pero no como la música que suele oírse en este planeta o en cualquier otro. Era una voz solista, broncínea y vigorosa. Las notas superiores, de las que parecía haber unas dos octavas, eran salvajes y discordantes, las intermedias eran toscas, pero los tonos bajos parecían el lenguaje de las montañas mismas, altas hasta el ciclo, calientes, y más naturales de lo que cualquier cosa debiera ser, elementales como el colmillo de un oso. Pero todas las notas eran perfectas, los intervalos eran perfectos y ese ruido espantoso sonaba como un órgano electrónico. El psiquiatra tenía buen oído, aunque por un rato se preguntó por cuánto tiempo tendría oídos siquiera. Entretanto hacía estas observaciones sobre el sonido, notó que era una versión de uno de los primitivos estudios de Czerny, Libro Uno, ese pequeño engendro zumbón que dice *do mi fa sol la sol fa mí, re fa sol la sí la sí mí fá, mi la* etcétera subiendo por la escala a la rastra y bajando a gatas.

Vio el cielo azul casi bajo las llantas delanteras e hizo girar bruscamente el volante, y se encontró en el patio herboso de una improvisada cabaña de explorador, pero eso no lo notó enseguida, porque sentado frente a ella estaba lo que el psiquiatra se describió así mismo, arrancado de su distanciamiento profesional, como el chiflado más llamativo que había visto jamás.

Estaba sentado bajo un abeto reseco y torcido por el viento. Estaba descalzo hasta las axilas. Usaba la parte superior de una camiseta y un sombrero con la forma de tiendas cónicas de los boy scouts cuando uno de los boy scouts sé olvidó el mástil en casa. Y estaba tocando, o intentando tocar, el oficleido, y en los hombros tenía una pequeña capa de agujas de abeto, que le caían en cascada cada vez que ejecutaba el si menor o una nota inferior. Sólo un ratón atrapado en una tuba durante un ensayo de orquesta puede saber con exactitud qué significa estar tan cerca de un oficleido en funcionamiento.

Era MacLyle, por cierto, luciendo bien alimentado y metido en carnes. Cuando vio el auto del psiquiatra siguió tocando, pero, cuando sus ojos se cruzaron con los del psiquiatra, le hizo un guiño, sonrió con la pequeña comisura de los labios que se veía detrás de la enorme boquilla, y agitó tres dedos de la derecha, lo más parecido a un saludo que pudo improvisar sin interrumpirse. Y no se detuvo hasta que hubo alcanzado la octava en que estaba trabajando y hubo pasado al otro lado. Luego dejó cuidadosamente el oficleido, lo apoyó contra el abeto y se puso de pie. El psiquiatra había advertido, mientras las últimas e imponentes notas rodaban montaña abajo, su extremo aislamiento con

este paciente imprevisible, y la no disimulada salud y fortaleza del sujeto, y la presencia del precipicio al que casi había saltado con su auto un momento antes. Por lo tanto había cerrado la ventanilla y trabado la portezuela y agradecido esas comodidades. Pero el cálido buen humor y la genuina cordialidad de la cara tostada de MacLyle ahuyentaron el temor, y aun la prudencia, y antes de darse cuenta el psiquiatra había abierto la portezuela para bajar del auto. Alegre, pensaba, es una palabra en desuso pero eso es él, por Dios, un hombre alegre. Lo llamó por el nombre pero MacLyle no lo oyó o no le prestó atención; sólo extendió una manaza cálida y el psiquiatra la estrechó. Notó callos duros y chatos en la mano de MacLyle, y la fuerza controlada que usa un elefante para alzar con la trompa a un niño con traje de lentejuelas; sonrió ante la imagen, porque a fin de cuentas MacLyle no era tan corpulento, sólo causaba esa sensación. Y una vez que sonrió, se dejó la sonrisa plantada en la cara.

Le dijo a MacLyle que era un escritor fascinado por esa magnífica región, que viajaba adonde lo conducían las curvas del camino, y aquí estaba; pero antes de terminar advirtió algo en los ojos de MacLyle, que estaban indescriptiblemente fijos en él pero poco atentos a lo que él decía; era tal como si él se hubiera puesto a cantar una melodía. MacLyle parecía dispuesto a escuchar el sonido hasta que terminara, y aun a disfrutarlo, pero no pasaría de allí. Aun así el psiquiatra terminó y MacLyle esperó un momento como para ver si continuaba, y como no continuó mostró de nuevo su sonrisa luminosa y señaló la cabaña con la cabeza. Luego echó a andar hacia allá, mientras su visitante le seguía elogiando cortésmente el lugar. Cuando entraron, le ladró de pronto a esa espalda muda: «¿No me oye?» MacLyle, sin volverse, lo invitó a entrar con un gesto.

Adentro había tal mezcla y profusión de colores que el psiquiatra se detuvo en seco, parpadeando. Una pared había sido derribada y reemplazada con paneles de vidrio; daba sobre el precipicio y dejaba al pequeño edificio flotando en el aire brumoso. Todas las paredes estaban cubiertas con mantas blancas de felpilla, y el suelo era blanco, y parecía haber mucha más luz adentro que afuera. Frente a la amplia ventana había un caballete enorme fabricado con postes descortezados, labrados y unidos con alambre de embalaje, y encima había un cuadro grande, en general no figurativo, en los colores más puros y neutros. Una parte era indudablemente este cuarto, o al menos su aire de colorida confusión aquí y toda la infinitud allá. El oficleido estaba en el cuadro, laboriosamente reproducido, como una pieza de una gigantesca máquina infernal, y en primer plano había flores; pero la figura central rechazaba al psiquiatra. Más aún, rechazaba todo lo que estaba alrededor. No se parecía a nada familiar, y eso le produjo una turbada satisfacción.

Apiladas en el suelo a cada lado del caballete había otras pinturas; algunas eran manchas, otras estaban llenas de líneas rectas y planos superpuestos, pero todas tenían esos colores dolorosamente puros. Comprendió qué hacía MacLyle con las latas de color que tanto intrigaban al tendero.

Aquí y allá había esculturas de arcilla, la mayoría montadas sobre pedestales hechos con partes de troncos de árbol lo suficientemente grandes como para sostenerse firmemente sobre los extremos aserrados. Algunos pedestales estaban descortezados, otros pintados; en unos la textura de la corteza, los nudos o hendiduras de la madera, se introducían en el modelo, y en otros la corteza había sido tapada con arcilla hasta el suelo. Una parte de la arcilla estaba pintada, una parte no, otra tenía que haberlo estado. Había formas libres y seres grotescos, una mujer marsupial y una guitarra con piernas, y algunos, aunque no demasiados, de los símbolos que preocupan aun a los psiquiatras muy sagaces. En ninguna parte había un mueble aislado. Había estantes en todos los niveles y de longitud variable, con recipientes, telas, alimentos enlatados, herramientas y utensilios de cocina. Había una especie de mesa que era ante todo un banco de trabajo, con un tornillo de carpintero en una punta, y en la otra una rueda de alfarero a pedal a medio terminar, tosca pero muy ingeniosa.

Quiso saber dónde dormía MacLyle, así que le preguntó, y de nuevo MacLyle reaccionó como si las palabras no fueran palabras sino una secuencia de sonidos agradables, ladeando la cabeza y esperando para ver si había más. De modo que el psiquiatra recurrió a las señas, haciendo una almohada con las manos, apoyando la cabeza en ella, cerrando los ojos. Cuando los abrió MacLyle cabeceaba ávidamente, y luego se dirigió a la pared revestida de blanco. De atrás de la felpilla tomó una hamaca, que tenía un extremo atado a la pared. Llevó el otro extremo hasta la ventana grande y lo colgó de un gancho atornillado a un perno grueso entre los paneles. Tenderse en esa hamaca sería mecerse entre el paraíso y la tierra como la tumba de Mahoma, con todo ese ciclo y ese paisaje que prácticamente rodeaba al durmiente. La admiración por esta idea desapareció en cuanto MacLyle empezó a hacerle señas para que subiera a la hamaca. Retrocedió cautelosamente, protestando, tratando de comunicarle a MacLyle que él sólo preguntaba, sólo quería saber; no, no, no estaba cansado, demonios; pero MacLyle se volvió tan insistente que levantó al psiquiatra como a un niño que se niega a ir a la cama y lo llevó a la hamaca. Todo impulso para patear y forcejear fue aplacado por la naturaleza de esta y todas las demás hamacas, intolerantes con los bultos movedizos, y por la proximidad de la gran ventana, que como ahora veía estaba inclinada hacia afuera, permitiendo mirar desde la hamaca hacia una altura de no menos de ciento cincuenta metros. De acuerdo, concluyó, si tú lo dices. Tengo sueño.

De modo que pasó un par de horas tendido en la hamaca y observando los movimientos de MacLyle, y sumido en pensamientos más o menos profesionales.

No quiere o no puede hablar (diagnosticó): afasia, motriz. No quiere o no puede comprender el lenguaje: afasia, sensorial. No quiere o no puede leer y escribir: alexia. ¿Y qué más?

Miró todas esas obras de arte —si era arte, y cuando lo era, lo era por accidente— y los artefactos: el ruidoso molino de afuera, el mecanismo que cerraba la puerta. Siguió con los ojos una cuerda que colgaba

anónimamente del inclinado poste central al que estaba sujeta la hamaca, y la polea y los ganchos de donde colgaba, y su prolongación visible contra el cielorraso hasta la otra pared, y al fin comprendió que tirando de ella se abrían dos aberturas angostas para ventilación. Una pequeña puerta detrás de la felpa conducía a lo que él correctamente tomó por un retrete primitivo, construido par a dar sobre el precipicio, la más perfecta solución sin cañerías que él había visto para una instalación de esa clase.

Observó cómo remoloneaba MacLyle. Era la única palabra para ello, y sus actos eran el mejor ejemplo de remoloneo que había visto. MacLyle alzaba, movía y bajaba cosas, retrocedía para juzgar, volvía para apoyar una mano aprobatorio en la cosa que había movido. El efecto no era tangible, pero no podía decirse que no existiera, por la intensa satisfacción que irradiaba el hombre. Pasaba minutos de pie, la cabeza ladeada, sonriendo ligeramente, observando la rueda de alfarero inconclusa, y de pronto se lanzaba a una actividad frenética aserrando, alisando, taladrando. Añadía la pieza terminada a las manivelas y varillas de conexión ya concluidas, las palmeaba como a niños obedientes, y se alejaba, dejando el resto del trabajo para otra oportunidad. Eliminó con una escofina la nariz de una de las estatuillas de arcilla seca, y le puso meticulosamente una nueva. Siempre estaba esa absorción en sus propios productos y, procesos, y el aire de absoluta gratificación en todo. Y había tiempo, parecía haber tiempo para todo, y lo habría siempre.

He aquí un hombre en retirada, pensó el muy sagaz psiquiatra, pero en una retirada jamás descrita por su ciencia, observa: ha reaccionado ante lo primitivo en términos de atender a sus necesidades con sus propias manos y con su propio ingenio, pero las necesidades mismas no son nada primitivas. Trabaja constantemente para obtener las comodidades a las que su historia lo condicionó en el pasado: luz eléctrica, ventilación, eliminación de excrementos. Demuestra una profunda humildad en el bajo sueldo que se paga a sí mismo por su labor: aparentemente está construyendo una rueda de alfarero para fabricar sus propios artefactos de cocina, y, como la madera es barata y la arcilla gratis, su cacharro sólo puede costarle menos que el aluminio fabricado en serie, por poco que valoremos sus propios esfuerzos.

Sus habilidades son inferiores a su energía (caviló el psiquiatra). Sus trabajos de carpintería, como sus pinturas y esculturas, revelan una inteligencia considerable, pero una práctica limitada, puede construir pero no embellecer, dibujar pero no bosquejar, y alcanzar lo artísticamente placentero sólo sin borrar la pincelada fortuita, el corte accidental; de modo que la verdadera creación es en sus trabajos, como en cualquier esfuerzo azaroso, rara e imprevisible. Por lo tanto su recompensa está en el área de la satisfacción, concluyó el psiquiatra, felicitándose por haber dado con un concepto general.

¿Satisfacción en qué? No en la posesión, pues ese hombre podría haber comprado más cosas por menos dinero. No en la excelencia misma, pues obviamente se conformaba con cosas imperfectas. ¿Liberación de la rutina, tal vez, de las imposiciones del trabajo? Difícil,

pues en toda la complejidad de esa casa abarrotada había orden y sistema; la presencia de un reloj despertador era significativa en ese sentido. No estaba dominado por la regularidad: la utilizaba. ¿Y su satisfacción? ¡Pues debía residir en ese círculo cerrado de aislamiento, y en el hecho mismo de la no comunicación!

Retirada... retirada. Si te retiras a la vida salvaje no adaptas la ventilación ni preparas un desagüe gravitatorio de ciento cincuenta metros para el baño, si te retiras a la infancia no diseñas ni construyes una rueda de alfarero. Si te retiras de la gente no saludas a un extraño como...

Un momento.

Quizá un extraño que tuviera algo que comunicar, o un modo de comunicarse, no fuera tan bienvenido. Qué idea inquietante. Correr el riesgo de hacer algo que a MacLyle no le gustaba quizá fuera un poco menos egoísta de lo que parecía.

MacLyle se puso a cocinar.

Observándolo, el psiquiatra reflexionó repentinamente que este individuo apartado y mudo era feliz, según sus propias pautas; más aún, había cumplido con todas sus obligaciones y responsabilidades y no molestaba a nadie. Era intolerable.

Era intolerable porque vio la directiva principal de la psiquiatría, al menos de la escuela psiquiátrica a la que él pertenecía, y no pensaba complicarse la vida con teorías diferentes y no comprobadas. *La función de la psiquiatría es adaptar al anormal a la sociedad, y restaurar o incrementar su utilidad en ella.* Rendirse, racionalizar la conducta de este hombre como equilibrio, sería huir de la ciencia misma; pues este tipo de psiquiatría encuentra sus enfoques más exitosos en el método científico, y es superfluo debatir si es una ciencia o no. Para su practicante lo es, y punto; tiene que serlo. Operativamente hablando, si se descubre que algo es verdad, aun estadísticamente, debe ser verdad, y todas las otras cosas, aun lo posible, deben volar de la caja de herramientas. Ninguna verdad conocida permitió a una entidad social apartarse de ese modo, y el muy sagaz psiquiatra, por lo pronto, no estaba dispuesto a dar su bendición a ese... suicidio.

Por lo tanto, debía encontrar un modo de comunicarse con MacLyle, y cuando lo hubiera encontrado debía comunicarle su error. Sin dejarse arrojar al precipicio.

Notó que MacLyle lo miraba con una expresión radiante. Le devolvió la sonrisa inadvertidamente, y obedeció al llamado de MacLyle. Bajó de la hamaca y se acercó al banco de trabajo, donde había un guiso humeante servido en cuencos de arcilla. Los cuencos estaban apoyados en platos grandes y rodeados por una guarda de tomates cortados en rodajas. Los saboreó. Obviamente estaban conservados en salmuera y habían sido salpicados con una pasta verde oscuro que, luego de un atento estudio de su olfato, él identificó como albahaca con ajo y sal. El efecto era sinfónico.

Imitó a MacLyle cuando él levantó su cuenco y salieron para sentarse a comer bajo el viejo abeto. Era un momento tranquilo y agradable, y el psiquiatra contó con una buena oportunidad para evaluar al hombre y

planear su campaña. Ahora estaba seguro de cómo proceder, y sólo necesitaba una oportunidad, que se presentó cuando MacLyle se levantó, se estiró, sonrió y entró en la casa. El psiquiatra lo siguió hasta la puerta y vio cómo se tendía en la hamaca y se dormía casi enseguida.

El psiquiatra fue al auto y sacó su maletín de trucos. Y así fue cómo al atardecer, cuando MacLyle salió desperezándose y bostezando después de la siesta, encontró a su visitante bajo el abeto, alzando el oficleido y tocando las teclas con aire curioso y perplejo. MacLyle se le acercó y le quitó el oficleido con una simpática sonrisa de yo-te-muestro-cómo, se acomodó el monstruoso aparato, y la lengua por el interior de la boquilla, grande como una taza de café. No acababa de fruncir los labios ante el gusto extraño cuando los ojos se le pusieron blancos y se derrumbó como un paracaídas en el suelo. El psiquiatra se apoderó del oficleido justo a tiempo para evitar que la boquilla partiera los dientes frontales de MacLyle.

Apoyó el oficleido en el árbol y estiró las piernas y los brazos de MacLyle. Se concentró por un instante en el pulso, y le ladeó la cabeza para que la saliva no bajara por la garganta fláccida, y luego fue a buscar su maletín de trucos. Volvió y se arrodilló, y MacLyle ni siquiera hizo una mueca cuando le inyectaron la hipodérmica: una cuidadosa mezcla de los tranquilizantes no soporíferos Frenquel ciorpromazina y reserpina, y una juiciosa dosis de escopolamina, un hipnótico.

El psiquiatra trajo agua y le limpió cuidadosamente la boca, pues no quería que el hombre se desmayara de nuevo la próxima vez que tragara. Luego no te quedó más que esperar, y planear.

Puntualmente, según el reloj de pulsera del psiquiatra, MacLyle gruñó y carraspeó. De inmediato el psiquiatra le dijo en una voz firme y baja que no se moviera. Y que no pensara. Permaneció fuera del alcance de los ojos turbios de MacLyle y le explicó que MacLyle debía confiar en él, pues estaba allí para ayudarlo, y no debía preocuparse por su confusión o desorientación.

—Usted no sabe quién es ni cómo llegó aquí —informó a MacLyle. También le dijo a MacLyle, que tenía más de cuarenta años, que tenía treinta y siete, pero sabía lo que hacía.

MacLyle obedeció, reflexionó y esperó más información. Sabía que debía confiar en esa voz, cuyo dueño estaba allí para ayudarlo; que tenía treinta y siete años; y su nombre. Se dejó sazonar en esos condimentos, drogas lo mantuvieron consciente, dócil, sumiso y bien dispuesto. El psiquiatra observó con exultación: Oh, azacicionol, canturreó para sí mismo, hermoso piperidil, bello hidroclórido, sutil serpasil... Confiadamente, dejó a MacLyle y entró en la cabaña donde, después de rebuscar aquí y allá, encontró ropas decentes, medias y zapatos y los llevó afuera para vestir al paciente. Ayudó a MacLyle a cruzar el claro y a entrar en el auto, tarareaba mientras lo hacía, pues nadie es tan feliz como un experto resolviendo problemas de su especialidad. MacLyle se hundió en el asiento y echó una mirada inquisitivo a la cabaña y al destello de luz crepuscular en el vientre del oficleido; pero el psiquiatra le dijo firmemente que esas cosas no tenían nada que ver con él, nada en absoluto, y MacLyle sonrió aliviado y se

dedicó a mirar el paisaje. Cuando pasaron por la tienda de ramos generales MacLyle se movió, pero no hizo comentarios. En cambio preguntó al psiquiatra si la estación Ardsmere ya estaba abierta, ante lo cual el psiquiatra apenas pudo ahogar el impulso de ronronear como un gato: la estación Ardsmere, dos paradas antes del pueblo suburbano de MacLyle, se había incendiado y reconstruido casi seis años atrás; de modo que ahora tenía la certeza de que MacLyle vivía en un tiempo que precedía a sus dificultades, un tiempo en el cual, desde luego, MacLyle podía hablar. El psiquiatra no mencionó nada de esto, y respondió gravemente que sí, que la estación Ardsmere estaba de nuevo en funcionamiento. ¿Tenía alguna otra cosa en mente?

MacLyle reflexionó con detención, pero como todas las preguntas inmediatas estaban respondidas —sabía con certeza que estaba seguro en manos de ese hombre, quienquiera fuese; sabía (pensaba) su edad correcta, y que era natural que estuviera desorientado; además se le había ordenado no pensar— meneó la cabeza y siguió observando el camino que corría bajo las ruedas. «Zona de la roca caída», murmuró cuando pasaron ante un letrero. El psiquiatra manejó contento montaña abajo y por la llanura, volviendo a la ciudad donde había alquilado el auto. Lo dejó en la estación de ferrocarril («Cruce ferroviario», murmuró MacLyle) y reservó un compartimiento en el tren, pues el avión era demasiado expuesto y público para sus propósitos y demasiado rápido para la gradación horaria que de pronto decidió aplicar.

Tuvieron tiempo para una cena silenciosa y cordial antes de la partida del tren, y luego al fin lo abordaron.

El psiquiatra apagó todas las luces salvo una lámpara de lectura y se inclinó hacia adelante. Los ojos de MacLyle se dilataron en seguida ante la luz más pálida, y el psiquiatra se reclinó cómodamente y le preguntó cómo se sentía. Se sentía bien y eso dijo. El psiquiatra te preguntó qué edad tenía y MacLyle le dijo treinta y siete, aunque titubeó.

Sabiendo que la escopolamina se estaba agotando pero las otras drogas, los tranquilizantes, conservarían su efecto por un rato, el psiquiatra inhaló profundamente y eliminó la sugestión: reveló a MacLyle su verdadera edad, y lo devolvió al aquí y ahora. MacLyle pareció azorado unos minutos y luego adoptó una expresión que suele describirse como no desdichada. —Camarero— fue todo lo que dijo, mirando el botón de llamada, y anunció que ahora podía leer.

El psiquiatra cabeceó sabiamente y no hizo ningún comentario, muy dispuesto a que un paciente se cocinara en su propia salsa mientras pudiera.

MacLyle de pronto quiso saber por qué había perdido la capacidad de leer y escribir. El psiquiatra enarcó las cejas, sonrió como diciendo «¿A usted qué le parece?», se levantó y sugirió consultarlo con la almohada. Llamó al camarero para que hiciera las camas y de pronto se le ocurrió pedirle los diarios de la tarde. Nada orienta mejor a un exiliado cultural que los diarios de la tarde. El hombre los trajo, pero MacLyle no le prestó atención. Se puso pensativamente un pijama que le prestó el psiquiatra y se acostó.

El psiquiatra no supo si MacLyle lo había despertado a propósito o porque el tren había reducido la velocidad, pero lo cierto es que despertó a las tres de la mañana para encontrar a MacLyle de pie junto a su cucheta, mirándolo fijamente. También notó que la lámpara de lectura de MacLyle estaba encendida y los diarios estaban desparramados en el suelo.

—Usted es una especie de médico —dijo MacLyle con voz chata.

El psiquiatra admitió que sí.

—Bien —dijo MacLyle—, quizá tenga algún sentido para usted. Vine a esquiar aquí hace años, cuando era estudiante. Accidente. Un amigo mío se quebró una pierna.

Lo puse tan cómodo como pude y fui en busca de ayuda. Regresé, había caído montaña abajo, golpeándose más. Una grieta, cayó al fondo; tardaron dos días en encontrarlo, tres en sacarlo. Congelamiento. Gangrena.

El psiquiatra puso cara de entender.

—Lo que siempre recuerdo —dijo MacLyle— es cómo se quitaba las vendas para mirarse la pierna. Sabía que la había perdido, pero no podía contenerse y se miraba la hinchazón. No le gustaba, *tenía* que hacerlo. Traté de impedírselo, al fin tuve que atarlo para, que no se lastimara. Cada diez, quince minutos en todo el viaje de vuelta al refugio, quince horas, mirando abajo de las vendas.

El psiquiatra trató de pensar una respuesta y no encontró ninguna.

—Ese Donne —dijo MacLyle—, ese John Donne que yo solía citar. Siempre creí en eso.

El psiquiatra empezó a citar erróneamente, no mandes preguntar por quién doblan...

—Si, eso, pero especialmente *la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque formo parte de la humanidad*. Yo creía en eso —repitió MacLyle—. Creía más que eso. No sólo la muerte. La estupidez me disminuye porque formo parte de ella. La gente que constantemente atropella a la gente me disminuye. Que todos quieran ganar dinero fácil me disminuye. —Recogió una hoja de diario y la soltó; la hoja voló hacia el rincón del compartimiento como una polilla gigante— Me estaba muriendo de disminución y tenía que observar lo que me pasaba, como ese muchacho con gangrena. Esa fue la causa. —El tren, que ahora se arrastraba frenó con un sacudón. MacLyle miró hacia la ventanilla, donde varios letreros de neón y un semáforo quedaron torpemente enmarcados. MacLyle se acercó al psiquiatra—. Tenía que desligarme de la humanidad antes que mi disminución fuera total, todo lo que hacía la humanidad era culpa mía. Lo conseguí, y ahora estoy aquí, nuevamente formando parte de ella —MacLyle echó a andar abruptamente hacia la puerta—. Por lo cual le doy las gracias.

El psiquiatra le preguntó qué iba a hacer.

—¿Hacer? —preguntó alegremente MacLyle—. Pues bien, iré a desquitarme disminuyendo a la humanidad. —Salió al corredor y cerró la puerta aun antes que el psiquiatra atinara a sentarse. La abrió de nuevo y asomó la cabeza. Dijo en la voz más cuerda que se pueda

imaginar—. No se preocupe, doctor, ésta es sólo la opinión de un hombre.— Y se fue. Mató a cuatro personas antes de que lo atraparan.

FIN